



García Delgado, Daniel

El modelo de desarrollo con inclusión y su inserción en la multipolaridad : agendas y geopolíticas en conflicto



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

García Delgado, D. (2015). El modelo de desarrollo con inclusión y su inserción en la multipolaridad : agendas y geopolíticas en conflicto. Revista de Ciencias Sociales, segunda época 28, 159-177. Bernal, Argentina : Universidad Nacional de Quilmes. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1638>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Daniel García Delgado

El modelo de desarrollo con inclusión y su inserción en la multipolaridad

AGENDAS Y GEOPOLÍTICAS EN CONFLICTO

Introducción

Durante los últimos diez años, la Argentina y la región encararon un cambio paradigmático.¹ Esto se produce en primer lugar a nivel de modelo de acumulación o de desarrollo, y por tanto del rol del Estado en relación con la economía y la sociedad. La crisis del modelo neoliberal generó una praxis concretada en otro rol del Estado y políticas públicas, y una concepción original sobre la resolución de la crisis de endeudamiento impuesta por la financiación de la economía. Un enfoque analítico en el cual confluyen matrices nacional-populares, neodesarrollistas, progresistas y de izquierda latinoamericana que terminan

por perfilar un modelo de desarrollo con inclusión social.

Lo cierto es que la generalización del ajuste estructural en América Latina durante la década de 1990 culminó con una extendida crisis de gobernabilidad que arrastró con ella a varios de los gobiernos que la habían impulsado. La salida tuvo facetas distintivas en cada uno de los países latinoamericanos: en algunos casos, se produjeron reformas menores al modelo neoliberal, en otros casos, cambios más profundos y abarcadores, pero en la mayoría se produjo una profunda crisis de toda la estructura social, que en ocasiones genera controversias respecto de su alcance, profundidad y sustentabilidad. “Pero

¹ El concepto de cambio paradigmático lo tomamos de Kuhn en su *Teoría de las revoluciones científicas* (2000), donde las anomalías al resolver un problema terminan por generar una nueva visión y una revolución científica. En este caso, el surgimiento de los múltiples problemas por el modelo neoliberal (endeudamiento, exclusión, desindustrialización, pérdida de soberanía) son resueltos con un nuevo planteo integral posneoliberal. Una nueva articulación entre Estado, sociedad y mercado. El paradigma (Kuhn, 1962) supone o es más amplio que “el modelo” en el sentido de que es también una visión estratégica del cambio ocurrido tanto a nivel nacional y regional como mundial. Es una perspectiva científica, distinta del neoliberalismo y del enfoque politológico neoinstitucional (García Delgado y Ruiz del Ferrier, 2013).

al menos un acuerdo une a tirios y troyanos: es la hora del retorno del Estado, aunque las estrategias relacionadas con ese regreso estén aún en discusión” (Cao y Laguado, 2015).

En segundo lugar, y en paralelo, la región profundiza políticamente y con énfasis el aumentar la autonomía en el proceso de integración regional. Se trata de una salida de la visión fragmentada y panamericanista con la que la región se relacionaba hacia adentro y con el centro continental, para generar instituciones más independientes y políticas (el Mercosur ampliado, Unasur, CELAC, el Grupo Alba), con mayor capacidad para intercambiar con otras regiones del mundo y posibilitar desarrollos más integrales con distribución del ingreso y empleo: un giro a la izquierda de la región.

Por último, al mismo tiempo la Argentina y la región comienzan a integrarse a un mundo donde cambia la balanza del poder global: el pasaje de la unipolaridad a la multipolaridad. La región se inserta inicialmente en esta por la vía comercial, con China y el sudeste asiático principalmente, y con posterioridad mediante el fortalecimiento de la cooperación Sur-Sur, y lo hace en un mundo derivado del ascenso de China, los emergentes, la crisis de Lehman Brothers, de la hegemonía de Estados Unidos y la deslegitimación de la gobernanza global del G7.

Ahora bien, desde los últimos dos años, este paradigma asociado a “el modelo”, que a la vez hace referencia a realizaciones y políticas públicas y a un proyecto político, está amenazado de discontinuidad por el “cambio de ciclo”. Operan en este intento de reversión tres cuestiones principales. Primero, las nuevas condiciones económicas mundiales

desfavorables para el crecimiento y las exportaciones, producto del impacto de la recesión mundial en la Unión Europea (UE) y Japón, el débil crecimiento en Estados Unidos y la baja del precio de las *commodities*. En segundo lugar, *establishment* local de estos países que quiere dar por terminadas las experiencias populistas y apresurar las condiciones para el cambio político (el denominado “fin de ciclo”); un cambio que busca retomar una visión más conservadora en lo político, más neoclásica en lo económico, y una inserción con los países industriales del norte global. Y, por último, la resistencia de Estados Unidos a una gobernanza multilateral, con fuerte criticismo de los BRICS y de la misma multipolaridad, reclamando su liderazgo para resolver el actual desorden mundial.

A partir de esto, trataremos de evaluar y distinguir las tendencias de resolución de estas tensiones crecientes, de lo que está en juego en un año de inflexión de definición de sustentabilidad al menos para la Argentina en una etapa electoral, pero también para varios países de la región. Paralelamente, veremos tres puntos: las características del modelo posneoliberal, en términos generales, con especial atención en la Argentina, los conflictos y las agendas predominantes; el proceso de integración regional y las distintas orientaciones en disputa en la actualidad; y finalmente la inserción en una nueva globalización multipolar.

La metodología se basa en mostrar primero la novedad histórica, es decir, la respuesta posneoliberal a la crisis de principios de siglo. En segundo término, la conflictividad y adversidad que el paradigma afronta desde diversos espacios

para poder consolidarse. En tercer lugar, las estrategias nacionales, regionales y globales que confrontan y operan transversalmente: las agendas y geopolíticas que están en tensión. Lo metodológico también refiere a que la cuestión de las políticas principales, sean las de rumbo, de modelo o de agenda nacional, ya no pueden entenderse solo desde la esfera doméstica o local. La globalización ha difuminado los estrechos límites entre las fronteras, y ha interrelacionado actores, eventos y acciones como nunca antes. Podemos comprender lo que pasa en el país si existe al mismo tiempo una teoría de lo que pasa en la región y, a nivel global, sobre las grandes tendencias en pugna. No estamos exactamente en una sociedad civil global cosmopolita –como señalan algunos autores (Beck, 2005 y Castell, 2013)–, pero sí existen una comunicación global y una construcción de la realidad multimedia global que incide en los escenarios locales y en la subjetividad ciudadana.

El principal objetivo del trabajo reside entonces en lograr una perspectiva que permita una salida del coyunturalismo y preguntarse por el mediano plazo sobre cuáles son las cartas de navegación del futuro del país. En términos más concretos: ¿qué significan estos nuevos modelos posneoliberales emergentes en América del Sur, y su inserción en la multipolaridad en donde ambos pugnan por consolidarse? En un tema que tiene la tensión lógica entre ser integral en el enfoque pero evitar

las totalizaciones, entre los análisis que articulan la coyuntura con el mediano plazo y el riesgo de ser voluntaristas, entre asentar el rigor científico y la base empírica con la perspectiva normativa de la ciencia política, nos preguntamos: ¿qué relación y conectividad de intereses puede encontrarse entre estos modelos posneoliberales y multipolaridad? ¿Qué predominará: la sustentabilidad del modelo y la inserción multipolar, o el fin de ciclo y la reinserción en las anteriores potencias del Norte? Y ¿qué tendencias más profundas nos están mostrando estas tensiones más allá de la que observamos en la volátil y turbulenta agenda cotidiana?

El modelo posneoliberal como desarrollo inclusivo

Del neoliberalismo al modelo productivo-inclusivo

A partir de la crisis de 2001-2003, empezaron a cuestionarse los denominados *fundamentals* del anterior modelo de valorización financiera. El que surgió a partir del 2003 implicaba otro rol del Estado, más activo y presente en lo económico: desendeudamiento con retenciones, regulación, planificación y apuesta a la industrialización. En definitiva, otro modelo de acumulación no basado en la financiación de la economía sino en lo productivo y la economía real.² Se pasó de la anterior subor-

² Entendemos por modelo de desarrollo como algo más que solo el crecimiento del PBI. O del concepto de modelo de acumulación regulacionista, como el modo en que, sistemáticamente, se distribuye el producto social en una sociedad de manera tal de que se garantice la reproducción de las condiciones de producción en los distintos sectores y el consumo final. Entendemos como modelo de desarrollo también la articulación entre Estado y sociedad y su inserción internacional o global (García Delgado y Peirano, 2011).

dinación de la política a la economía, del Estado-nación a los organismos internacionales de crédito (FMI, BID, BM) y a la gobernanza global (G7), a otra articulación Estado-sociedad-mercado, más política y regulatoria del mercado y más amplia en la asignación de bienes públicos.

El punto de vista nacional-popular tiene una perspectiva situada desde lo histórico y lo geográfico. Como señalan Cao y Laguado (2015), hace centro en nuestro país como parte de una nación en construcción –América Latina– cuyo proceso histórico puede leerse en clave de alcanzar su plena autonomía y de superar los desequilibrios de su estructura social. Se trata de un espacio que la visión nacional y popular asume como en desarrollo, con marcados desequilibrios políticos, económicos y sociales: asimetría entre el poder regulador del sector público y los segmentos más concentrados de la economía, agudas desigualdades territoriales, funcionamiento restringido de su institucionalidad (para las formas y estándares canonizados por el *establishment*), bolsones de marginalidad social, sobredimensión del poder relativo de fracciones del capital internacionalizadas, debilidad de los encadenamientos productivos, etc. La situación periférica y la dinámica del capitalismo

mundial, como así también las tensiones que se generan en su propio territorio, alimentan tendencias hacia la reproducción de estos desequilibrios (Cao y Laguado, 2015).³

Del lado del paradigma neoliberal, nos encontramos con el enfoque neoclásico, donde el Estado es reducido a sus funciones básicas, y el Consenso de Washington es el nuevo orientador general de qué hacer con el Estado; es el modelo de equilibrio general como panacea deseable, donde los desajustes permanentes del capitalismo se ven como ocasionales y susceptibles de ser superados por el mismo funcionamiento del sistema económico. El denominado New Public Management es el orientador del nuevo modelo de gestión y administración pública: la gerencia, basada en los valores de la eficacia y la eficiencia, y los esbozos de surgimiento de un modelo de gestión alternativo político-estratégico.

De esta forma, en la perspectiva productiva predomina el Estado como guía e impulsor de lo productivo (la acumulación), se vincula a la problemática de la inclusión, con apoyo mayoritario de la población a través de la configuración de un relato (la legitimación) y de una recuperación del control del propio destino por los estados na-

³ También se puede señalar que hay un cuestionamiento paradigmático en la ciencia política durante este tiempo, en el sentido de poner en debate el neoinstitucionalismo como enfoque predominante para el análisis de los procesos de reforma del Estado y modernización. Este enfoque hace énfasis en las instituciones, en la necesidad de mejorar su calidad y transparencia, poniendo en cuestión tanto las capacidades estatales como la opacidad del Estado. El otro enfoque, de neodesarrollistas nacional-populares y de nueva izquierda latinoamericana, centraliza la problemática en el poder económico concentrado (las corporaciones), político y social elitista y, por tanto, en la necesidad de modificar estructuras e instituciones, así como de autonomía en la política internacional para poder mejorar la distribución del ingreso, la inclusión social y la industrialización. En esto también se resaltan la importancia de la movilización ciudadana y el rol de los liderazgos transformadores. Ambos paradigmas tienen autores emblemáticos. Véanse Cavarozzi (2013), para la primera perspectiva, y Laclau (2005) y Mouffe (2013), para la segunda.

cionales, la “densidad nacional” (Ferrer, 2004).⁴ Es el cambio de un modelo de acumulación (de financiación de la economía con constante endeudamiento y condicionamientos externos y apertura irrestricta) hacia otro, basado en el desendeudamiento, en acumular reservas, fijar retenciones, mantener equilibrios macroeconómicos y potenciar el mercado interno con el gasto público para alentar la inversión.

El punto de inflexión

Ahora bien, a partir de la expansión de la crisis global y el enfriamiento de las economías del mundo, comienza a modificarse este escenario de avance del modelo y, asimismo, de los emergentes como nueva fuerza histórica de cambio global. Se presentan nuevas conflictividades, un decrecimiento del producto, la continuidad de la alta inflación, denuncias de corrupción, violencia social e inseguridad, falta de creación de nuevo empleo y viejos problemas de la estructura económica. Sin poder completar el ciclo de metas de mayor inclusión, distribución e industrialización y reducción de la pobreza a las que el mismo modelo aspira, este enfrenta un serio desafío o dilema sobre su eventual discontinuidad.

En primer lugar, por la restricción externa. La crisis de divisas es el problema estructural e histórico de una economía que cuando crece alto y continuado, los

insumos importados de su industrialización incompleta generan una crisis de divisas, más los gastos de energía que se importan y los pagos de deuda externa, a los que se suma la dependencia a las divisas que proporciona el sector rural. El factor determinante de las restricciones para acceder a las divisas es la permanencia, a pesar de los cambios ocurridos, de una estructura productiva y financiera desequilibrada de la economía argentina.

En segundo lugar, el impacto de una crisis global irresuelta. O un nuevo modelo de capitalismo dominante, pero ahora de carácter recesivo, con bajo crecimiento y crecientemente elitista (Piketty, 2014). Esta crisis financiera global impacta en el decrecimiento en nuestros socios del Mercosur, y particularmente afecta a nuestro principal cliente. Brasil estancado desde hace tres años, China bajando sus tasas de crecimiento, etcétera.

En tercer lugar, la configuración de un plexo de poder económico-financiero concentrado en búsqueda de regresión de lo actuado. El poder corporativo transnacional o los denominados “poderes constituidos” se manifiestan en el conflicto entre corporaciones y democracia, en términos de quién debe tomar las decisiones. El poder económico no ha perdido plata en este tiempo, pero eso no es suficiente; sus representantes se atribuyen el derecho de tomar las decisiones principales del Estado y consideran a los políticos como subordinados, como ha sido tradicionalmente.

⁴ La (re)industrialización fue uno de los objetivos explícitos de la política de desarrollo seguida por Néstor Kirchner. Su política industrialista buscó reconstruir el círculo virtuoso keynesiano de pleno empleo, mercado interno, fortalecimiento fiscal e inversión social, logrando —a diferencia del desarrollismo clásico— alcanzar el estratégico superávit gemelo (fiscal y de comercio exterior). Este nuevo momento industrializador no está separado de la procura de alta inversión privada y del incremento de la exportación industrial.

La mayor autonomía lograda por el gobierno los afecta; a su vez, no están muy conformes con políticas de derechos y distribución del ingreso –políticas que para la clase media y baja generan dignidad a las personas y ampliación de las pretensiones y oportunidades– sino que prefieren erosionar ese relato y mantener los yugos.

Este poder local tiene aliados en el sector financiero internacional, donde los *hedge funds*, tienden a reproducir una política de extorsión judicial internacional y buscar de nuevo el endeudamiento del país. Existe una tensión irresuelta entre la defensa del rol del Estado activo presente y la voluntad mayoritaria, con el poder corporativo multimedia y financiero por fijar las orientaciones, el rumbo. Hay puntos que podrían señalarse para explicar la intensa acritud y polarización del debate, donde parecen quebrarse mecanismos de concertación, y donde hay aspectos que el *establishment* no parece perdonar en este proceso: por un lado, la mayor autonomía del Estado y de la política; por otro lado, dimensiones geopolíticas álgidas como el cuestionado acuerdo de entendimiento de la Argentina con Irán, dado que el tema central para los republicanos de Estados Unidos y el gobierno israelí debe ser el cuestionamiento de Irán y la eventual guerra contra el terrorismo. Es el intento de incorporación de la Argentina en una geopolítica en la cual esta no tiene ningún interés. Otro tema es el desendeudamiento y la respuesta soberana al tema de la deuda y los reclamos de los *holdouts*, que desautorizan la presunción de que la justicia de Nueva York es la justicia del mundo. Esto genera un precedente de reestructuración de deudas soberanas equitativa y conveniente para

las partes y un marco institucional generado en la ONU para la resolución del conflicto. Finalmente, aparece el tema del acuerdo estratégico integral con China. Para el poder hegemónico regional se puede permitir el comercio con China, mientras sea por acuerdos entre privados, pero no mediante acuerdos entre estados o gobiernos que toquen temas sensibles como grandes inversiones de infraestructura, nucleares, tecnológicas y de observación espacial.

La judicialización de la política implica su desplazamiento hacia tribunales, medidas cautelares, el protagonismo del Poder Judicial sobre el Ejecutivo y Legislativo, para facilitar la imputación de funcionarios, detener la implementación de leyes y generalizar una serie de conflictos que tienden a esmerilar la credibilidad en la política. La acción de sectores del Poder Judicial encauzando juicios que tienen que ver con las élites políticas, pero no las económicas, constituye el ariete más sofisticado en vínculos con medios y corporaciones para debilitar un gobierno constitucional o promover el acortamiento del mandato.

Queda así el interrogante de qué agenda terminará predominando: si la que supone la continuidad o sustentabilidad de los cambios realizados o la que propone una estrategia de cambio de ciclo y de políticas; si la continuidad de las políticas públicas heterodoxas, sociales neouniversales, promotoras del desarrollo científico-técnico, de agregación de valor; o el regreso a lo privado, al endeudamiento externo como forma de financiar al país, y la vuelta al ciclo o al péndulo.

La comunicación multimedia concentrada promueve un control de la agenda y de la opinión pública. Con su

constante denuncia, tergiversación o sobreenformación terminan generando una agenda del desánimo (que transmite apatía, temor, desentendimiento y confusión) ya que la comunicación trabaja profundamente sobre aspectos emotivos de identificación y pertenencia. Asimismo, los grupos multimedia tienen un rol primordial en subordinar a los partidos de oposición a su agenda, la única tomable para lograr repercusión en la opinión pública y en las encuestas.

Por último, es difícil pronosticar qué agenda prevalecerá, cuáles serán las fuerzas sociales que transforman el sistema social y aseguran su cohesión en el mediano plazo, si estas son las de continuidad del actual modelo o la de su cambio o de fin de ciclo. No obstante la conflictividad actual, es posible conjeturar que los activos logrados durante este período –los derechos y los accesos de inclusión y la actual estabilidad económica– pesan más en las preferencias ciudadanas que la apuesta a la ruptura del modelo, a reproducir el ciclo, a la vuelta a la ortodoxia y a inserciones internacionales previas.

Una integración regional inédita

Los avances en la autonomía

La integración regional hasta principios del nuevo siglo tenía un sesgo marcadamente comercial y de trasplante de modelos propuestos por las grandes potencias: el ALCA, el TLC y la UE. Primaba la vinculación centro-periferia y una relación biunívoca de cada país con el

centro más que entre los mismos países de la región. La anomalía fue constituida por la irrupción de Asia en la economía mundial como gran demandante de bienes primarios. La crisis neoliberal generalizada en la región por los modelos aperturistas de libre mercado y la escasa complementariedad de sus economías con Estados Unidos, llevaron a la ruptura con las propuestas del ALCA y los TLC a partir del año 2005, y posteriormente a una paulatina postergación de acuerdos comerciales con la UE. La visión de los economistas y expertos fue cambiada por la de las políticas públicas y los nuevos liderazgos presidenciales.

En este sentido, y coincidiendo con Alejandro Pelfini (2014), los liderazgos políticos transformadores han sido clave en la región para la construcción de poder alterno a través de modelos de desarrollo inclusivos reindustrializados, frente a la resistencia habitual del *establishment* local articulado con las potencias industriales del orden global. Podríamos decir que no hay modelos de desarrollo nuevos sin líderes transformadores. Y sin una relación particular entre líder y pueblo o mayorías. Estos líderes tienen su respaldo en mayorías populares electorales y activas.

La mayor parte de estos gobiernos transformadores y progresistas tienen características comunes: el reclamo social, la pobreza y la exclusión social, rasgos dominantes de la formación histórica de estos países; la reafirmación de la soberanía nacional, de la autonomía de decisión para su despliegue; y el protagonismo del Estado, la promoción del desarrollo, la industrialización y la distribución del ingreso. El desendeu-

damiento y la autonomía financiera constituyen objetivos que marcan un rechazo o una ruptura con el paradigma neoliberal (Ferrer, 2004).

En los enfoques y teorías del paradigma neoliberal, el proceso de integración debe ser básicamente comercial, de “integracionismo abierto”. A ello se sumaba la perspectiva de una institucionalidad del Mercosur que tenía dos variantes: los acuerdos de libre comercio del tipo TLC o el modelo de la UE como proceso de integración con moneda única y práctica parlamentaria. El nuevo modelo enfatiza lo político y lo productivo en busca de construir un bloque del sur basado en la cooperación en políticas públicas y una visión estratégica compartida. Muchas de las acciones involucradas en este proceso de integración regional constituyen políticas públicas, hecho destacable en tanto pone de manifiesto la voluntad y la decisión de colocar a la política como instancia articuladora del porvenir de nuestras sociedades.

La diplomacia presidencial facilitó la creación de nuevas instituciones de integración, y discursos y agendas que a veces, más allá de su concreción, contribuyeron a generar una conciencia latinoamericanista y de autonomía como no había existido antes, o en todo caso retomando ideales de vieja data sobre la constitución de la Patria Grande. De hecho, en diez años, los presidentes de la región se reunieron más veces que en los 200 años de independencia previos. De la región radial, subordinada, con predominancia institucional de la OEA, se pasó a la ampliación del Mercosur, a la creación del ALBA, de la Unasur y de la CELAC. Esta institucionalidad se suma a la vinculación creciente de los BRICS con

América del Sur y la articulación en las Naciones Unidas con el G7.

Como señala Emir Sader (2015), desde comienzos de este siglo se han instalado en América Latina gobiernos que son producto del fracaso del neoliberalismo. Otros se han lanzado a la disputa de la hegemonía en la sociedad construyendo alternativas nuevas, como en Ecuador y en Bolivia, o concentrando fuerzas en la resistencia al neoliberalismo, como en Venezuela, Brasil, la Argentina y Uruguay. Pasada una década, es posible evaluar el debate desde el punto de vista concreto de las realidades políticas existentes y no solo desde el punto de vista de las palabras.

El conflicto: el punto de inflexión

Ahora bien, a partir de la crisis global, las economías de los principales países de la región padecen una enorme turbulencia económica, cambiaria y financiera, potenciada por problemas no resueltos, tanto internos como de integración (proteccionismos, la posibilidad de devaluaciones competitivas, la reducción de la actividad), al surgir problemas del proceso de integración: estancamiento, mayor conflictividad comercial y financiera entre los países de la zona, junto a denuncias de corrupción y judicialización de la política. Se superponen el decrecimiento económico y cuestionamientos importantes de actores políticos a este modelo de integración (se habla de “salir del corset” del acuerdo de unión aduanera), y tres gobiernos de los países más grandes del Mercosur están bajo denuncias de corrupción, presiones destituyentes o los denominados “golpes blandos”. Se trata de un proceso

de desgaste sistemático y permanente que impide gobernar, donde incluso un país fuertemente institucionalista como Chile también sufre la judicialización y el cuestionamiento crecientes a partir del intento de la presidenta Bachelet de iniciar un proceso de reforma fiscal. Esta ola regional de búsqueda de un cambio de ciclo regional hace que sean clave, este año, las elecciones parlamentarias en Venezuela y las presidenciales en la Argentina (Zovatto, 2015).

La incidencia de la propuesta aperturista de integración encarnada en la Alianza del Pacífico se presenta como un modelo exitoso de integración regional al menos en cuanto al crecimiento del PBI, y es funcional para esta globalización a escala universal en la que nos encontramos. Esto se suma al hecho de que los factores de poder locales, y en general los partidos de la oposición a los gobiernos progresistas, postulan más liberación del bloque como salvaguarda de su industria. Se observa la voluntad manifiesta de las nuevas fuerzas de centroderecha por lograr más libertad de acción individual de cada país para insertarse en el mundo y con otras alianzas, antes que continuar con una lógica de bloque y una acción colectiva solidaria con un destino común.

Otro problema es la falta de liderazgo del bloque. La Argentina y otros países de la región padecen el estancamiento brasileño porque tienen esta economía como socio comercial privilegiado, y su entramado industrial, en especial el automotor, es muy dependiente de esa demanda. En ese sentido, el “riesgo Brasil” –como señala Alfredo Zaiat– es un factor que debería ser más atendido por su impacto en la economía argentina, además de tenerlo como ad-

vertencia por los postulados de política económica que se desprenden de él. El ajuste monetario y fiscal acompañado de devaluación asegura estancamiento y más inflación. Es interesante observarlo, porque varios de los candidatos que pretenden conducir la economía en la Argentina a partir de 2016 proponen lo mismo con el pretexto de “la herencia de desequilibrios” que recibiría el próximo gobierno (Zaiat, 2015). En ese sentido, Eduardo Crespo señala que en relación con los gobiernos de Lula, “el signo de la orientación política de Dilma fue más conservador a todo nivel, no solamente en relación con la política económica. Hubo una decisión consciente de enfriar la economía” (citado por Zaiat, 2015).

En cuanto a los procesos destituyentes en curso, los países más importantes del Mercosur en términos de su PBI se hallan sometidos a una presión fuerte de los poderes fácticos o constituidos que desean la modificación rápida de sus actuales gobiernos. Son los denominados golpes blandos que debilitan las posibilidades de integración, en la medida en que los países están enfrascados en resolver sus propios problemas. Estas acciones, a diferencia de los anteriores golpes, no aparecen por el surgimiento de un actor militar que toma el poder de forma violenta, sino por una sofisticada maniobra que supone el desgaste paulatino de la acción política del gobierno a través de los medios y la construcción de una realidad caótica e insegura. La capacidad de manipular a la opinión pública, la capacidad de los medios para distorsionar y deformar la información es formidable. En este sentido, no es extraño que un país como Venezuela se vea como una amenaza a la seguridad

nacional de Estados Unidos; que la presidenta de Brasil, a dos meses de ganar las elecciones, sea presionada para alcanzar un *impeachment* por corrupción, y que en la Argentina, la presidenta, sobre el final de su mandato, sea acusada de encubrir la investigación de un atentado terrorista.

En este escenario se contraponen dos agendas. Por un lado, evitar los procesos destituyentes en curso, encarada principalmente por la Unasur, el Mercosur y la CELAC a partir de los tres principios básicos que guían la asociación: zona de paz, defensa de la democracia y derechos humanos. Por otro lado, relanzar el bloque y el crecimiento, reactivar la economía, plantear una agenda de gasto público e infraestructura, la innovación y el valor agregado, y no contraponer polarmente como opciones antitéticas la Alianza del Pacífico y el Mercosur, sino ver políticas estratégicas conjuntas con consenso.

La estrategia de debilitamiento del poder político democrático de estos países se basa en una deslegitimación de sus liderazgos. Se enmarca en el aislamiento, el desprestigio interno e internacional el dejarlos asociados a problemas de corrupción o encubrimiento del terrorismo, lo que puede concluir en los denominados “golpes blandos”.⁵

En este escenario no es fácil determinar si los esfuerzos destituyentes tendrán éxito en algún país y promoverán

la fragmentación del bloque Mercosur, o si estos procesos transformadores, a diferencia de lo que ocurriera en el pasado, se mantendrán y consolidarán. No obstante el hecho de que la integración regional ha sido mantenida como una política de Estado por estos países, el activismo aglutinador y a favor de la gobernabilidad democrática de los países de la Unasur, y la percepción de que en la actualidad ningún sistema de integración parece mostrarse de por sí más exitoso o digno de imitarse, hace suponer que el nuevo modelo integracionista todavía tiene chances de replantear sus problemas y revitalizar la creación de un bloque del sur más consistente.

La inserción en el sur global

De la unipolaridad a la multipolaridad

El paradigma neoliberal estaba configurado a nivel geopolítico con un poder global que mantenía la hegemonía del G7 y, particularmente, de los Estados Unidos, tanto en lo militar, comercial y cultural como en lo económico. Una suerte de gobernanza que debía uniformar los sistemas nacionales en función de parámetros económicos de capitalismo liberal abierto y financiero de democracia liberal. A partir de la crisis de 2008, y del surgimiento de la economía

⁵ El presidente Correa dijo que la presidenta brasileña Dilma Rousseff también es víctima de esas fuerzas con el caso Petrobras, y que “América Latina nunca volverá a ser lo que fue antes”. Contra el intento de desestabilización, el presidente de Ecuador expresó su “apoyo” a la presidenta Cristina Fernández al conocer su imputación por presunto encubrimiento por la causa AMIA, medida que atribuyó a “un nuevo capítulo de la restauración conservadora” que “ahora utiliza hasta las instancias jurídicas para tratar de desestabilizar a los gobiernos”. “Ahora hay golpes judiciales”, dijo Rafael Correa al brindar su tradicional informe semanal en Quito. Véase *Página/12*, 15 de febrero de 2015.

más competitiva y de alto crecimiento de Asia y los emergentes, comienza a pasarse a otro formato de globalización: la multipolar.

La globalización unipolar era concebida como natural y despolitizada; el Consenso de Washington, considerado las nuevas Tablas de la Ley; la concepción tecnocrática de la gobernanza global despolitizada y condicionada por los organismos multilaterales de crédito, en particular el FMI, la casi disolución de la soberanía de los estados nacionales periféricos en manos de la gobernanza global del G7; la deslocalización productiva de los países avanzados hacia otras regiones de más bajos salarios.

Las perspectivas de la izquierda, traducidas en el *Imperio* de Negri y Hardt (2000), y de los foros sociales y movilizaciones, con participación desde abajo para configurar una contrahegemonía frente a Davos, fue importante para tomar conciencia, pero lo cierto es que la acción de cambio decisiva fue protagonizada por los estados, la política, las regiones y los bloques multiactorales, junto a un aumento de la relación comercial y político-económica Sur-Sur. Esta transformación del capitalismo global tiene una trascendencia de cambio estructural de las relaciones centro-periferia que hasta entonces habían predominando por varios siglos. El nuevo escalón del capitalismo emergente señala que: “Cuando China se sumó a esta nueva División Internacional del Trabajo sobre la base de un fuerte desarrollo estatal, se inició un cambio de singular magnitud del ca-

pitalismo mundial porque la industria, al extenderse hacia la periferia, dejó de ser el patrimonio exclusivo de los países del centro del sistema, y los nuevos mercados, con una enorme población, provocaron una fuerte demanda de alimentos, minerales y energía que elevaron los precios de las materias primas, a tal punto que el capital financiero apostó a esos productos y afirmó el alza de sus cotizaciones” (Abalo, 2013, p. 88).

Sin dejar de considerar las enormes transformaciones que este proceso de globalización generó en todas partes, en términos de promover la sociedad de la comunicación, una sociedad de consumo, la generalización de estilos de vida y el surgimiento de nuevas clases medias, lo cierto es que hasta principios del siglo XXI los países ricos dominaban la economía mundial, controlando las dos terceras partes del PBI. Desde entonces, su participación ha caído a casi justo la mitad. Y en los próximos diez años, esto puede declinar a un mero 40%, donde los países emergentes generarán el mayor producto global. Y las nuevas formas de cooperación Sur-Sur tienen una creciente importancia en el comercio internacional y en el posicionamiento común de los países emergentes en diversas cumbres temáticas.⁶

Karen Smith, en sus comentarios sobre la cooperación Sur-Sur, señala: “The BRICS grouping is often included in discussions about new forms of South-South Cooperation” (Smith, 2014, p. 2), la cual va más allá de la tradicional cooperación internacio-

⁶ Abalo señala: “El nuevo escalón del capitalismo emergente tiene como signo peculiar el fortalecimiento de China en cuanto potencia económica mundial que desafía la hegemonía de Estados Unidos y que no es afectada por la estrepitosa caída económica y social de los principales países occidentales encabezados por dicho país. Pero esa nueva realidad tiene un perfil diferente al proceso de desarrollo histórico del capitalismo” (2012, p. 57).

nal Norte-Sur (préstamos a ONG y a gobiernos para el aliviamiento de la pobreza y otros temas), que suponía finalmente retornos más altos para los países donantes. La nueva cooperación Sur-Sur supone una lógica de “ganar-ganar”, con menos condicionamientos a los países en desarrollo (financieros, mediáticos, presión internacional).⁷

Dada la disponibilidad de recursos financieros de China y su estrategia “going global” o “go out”, la nación asiática comenzó a dar un gran impulso a sus políticas de ayuda exterior, con énfasis en África y Asia, y de cooperación exterior, en la que destaca Latinoamérica –afirma el informe de UNC–, y también se refiere a los esquemas de cooperación Sur-Sur, basados en los principios de horizontalidad, que implican la colaboración como socios más allá de los niveles de desarrollo de cada país. Es en el segundo término de la fórmula, la del consenso, donde se trataría de establecer marcos de negociaciones comunes, una cooperación bajo acuerdo y la no imposición de condiciones unilaterales; así como la equidad, con el propósito de compartir costos y beneficios.

De esta forma, los BRICS tienen un enfoque particular del mundo que muestra la insatisfacción con el sistema de gobernanza mundial actual. Al mismo tiempo, no tienden a romper el orden internacional, sino a integrarse a este, pero cuestionan su liberalismo económico y las asimetrías que genera con los países en desarrollo. No suponen plantear un modelo de intercambio comercial desigual, ni tampoco se apuntan bajo ninguna hipótesis a propiciar intervenciones políticas o militares para someter a los países más débiles del sistema como sí lo hicieron y pretenden mantener los países más avanzados del norte industrial (Amin, 2013). Dada la alta integración de las economías, existe una suerte de balanza de poder que debilita la posibilidad de conflagraciones abiertas y los objetivos de buscar la desaparición del otro, como antaño.

Esta vinculación de América Latina con China y los emergentes se hace cada vez más intensa, como lo revela la reunión ministerial del Foro China-CELAC, celebrada en Beijing el 8 y el 9 de enero de 2015, y que definió las áreas clave y las medidas específicas para la coope-

⁷ De acuerdo con R. Evan Ellis y Ulises Granados “desde 2008, las empresas chinas han empezado a establecerse en la región en minería, petróleo, agricultura, construcción, manufactura, telecomunicaciones, logística y la banca”. Los autores destacan la compra de acciones en Repsol y Noranda Aluminio en Brasil, Bidas y Occidental Petróleo en la Argentina, Petrobras en Perú, Nexen en Colombia, y la inversión de 40 mil millones de dólares en la faja del Orinoco, Venezuela. Además, complejos de refinación de azúcar en Jamaica, procesadoras pesqueras en Perú o autorizaciones para la tala de bosques en Guyana. En el sector bancario, ponderan los primeros pasos en la región del Industrial and Commercial Bank of China y del China Construction Bank. En infraestructura, mencionan los acuerdos para la construcción de hidroeléctricas en Ecuador, Belice y Honduras; termoeléctricas, puertos, ferrocarriles y casas en Venezuela, caminos y puentes en Guyana, Jamaica y Surinam. Uno de los proyectos económicos más ambiciosos de China en la región es el plan para el desarrollo del canal de Nicaragua, obra que cuesta entre 50 mil y 80 mil millones de dólares. El vínculo entre la Argentina y China gira alrededor del *swap*, los trenes de pasajeros, el Belgrano Cargas, las represas y las próximas centrales nucleares. De este modo: “Washington ya no puede presumir de un ‘dominio’ exclusivo de la región para imponer su modelo económico, su agenda política ni sus prerrogativas sobre derechos humanos, seguridad y cooperación” (Ellis y Granados, 2015).

ración general entre las dos partes de 2015 a 2019, donde, se señala, ha sido de especial importancia para la expansión del comercio y la inversión, y para el establecimiento del paradigma de cooperación Sur-Sur.⁸

El conflicto geopolítico entre el Norte y el Sur globales

Ahora bien, el ascenso de los emergentes pareció tocar techo hace poco tiempo. En algún momento, las teorías del desanclaje y la posibilidad de independizarse de las economías desarrolladas del Norte sucumbieron frente a nuevos datos: la fragilización de algunos de esos países, como el bajo crecimiento y los problemas económicos de Brasil y, asimismo, China reduciendo sus altas tasas de crecimiento en favor de un modelo basado no tanto en las exportaciones como en la demanda local.

La crisis capitalista y la emergencia de los BRICS lleva a Estados Unidos, a partir de lograr estabilizar su economía mediante políticas de inyección de dinero, a querer recuperar parte del terreno perdido. De este modo, Estados Unidos diagnostica que se atraviesa un estado de “desorden mundial” (Kerry, 2015) que se expresaría en múltiples formas de conflictos y violencia en diversos lugares del mundo: Medio Oriente y el

Estado islámico; Ucrania y “la agresión Rusa”; el exceso de “estatismo” en América Latina, de corrupción y amenaza a la libertad de prensa que en algunos casos amenazaría la seguridad nacional de ese país. Y esto resulta desafiante para su voluntad de reconstituir un liderazgo global. El orden unipolar estaría así amenazado por el terrorismo islámico, la agresión rusa sobre Ucrania, el expansionismo chino y la falta de compromiso de los BRICS en la defensa de los derechos humanos.

La idea de una agenda de seguridad y antiterrorista tiende a configurar el nuevo liderazgo global, fuertemente emocional y de identificación frente a lo que sería la configuración de la barbarie. Esto ya no se produciría necesariamente sobre la lógica de sociedades de libre mercado y de pertenecer al Primer Mundo, sino sobre la advertencia de las amenazas e inseguridades que penden sobre los ciudadanos, de los problemas de derechos humanos y minorías. Si bien los sucesos terroristas generan rechazo en el conjunto de la opinión mundial, también es cierto que su resolución no es fácil, generan un dilema ético: ¿recurrir a la intervención y al “militarismo humanitario” o una nueva justificación de “la guerra justa”, o la posibilidad de la negociación y de la paz? Dado que las intervenciones militares muchas veces fueron

⁸ Tres semanas después, la III Cumbre de la CELAC, que subrayó la cooperación con China, prometió una vez más facilitar los acuerdos e iniciativas del Foro lo antes posible. Según los planes, ambas partes se esforzarán por conseguir un volumen de comercio de 500 mil millones de dólares estadounidenses, e inversiones por valor de al menos 250 mil millones de dólares en la próxima década. La determinación de la presidenta argentina de viajar a China simboliza de alguna manera la determinación de América Latina de desarrollar sus lazos con China, en un momento en el que la economía de la región ha sufrido un duro golpe por la caída de las exportaciones a destinos tradicionales como la UE. Bajo la presión a la baja de la economía mundial, la región de América Latina busca expandir su comercio con China para diversificar sus exportaciones e incrementar la inversión mutua.

excusas para mayor control económico y echar leña sobre el fuego, ¿qué hacer en situaciones donde los derechos humanos y de minorías son conculcados por terroristas? Karen Smith (2014) muestra el contraste entre la opción tomada por los países desarrollados por la acción directa e intervenciones militares y la posición de los BRICS, que señalan la preferencia por negociar y no intervenir militarmente.

También parece que los beneficios de las políticas de ocupación e intervención militar empiezan a ser decrecientes. Porque si bien el logro militar puede ser exitoso, el político de generar algún orden y legitimidad en esas regiones ocupadas parece cada vez más engorroso y difícil de implementar. Además, la fragmentación estatal, el conflicto político y la violencia militar crecen junto con el tráfico de armas. A partir de esta situación, se plantean tres alianzas de Estados Unidos en su intento de reconfigurar el poder mundial en torno a su liderazgo como "Nueva Alianza Occidental".

La primera alianza es, hacia el Este, con la UE, que es de libre comercio, y que se observa en la crisis de Ucrania y el intento de expulsar a Rusia de la propia UE. También se observa la subordinación político-militar de la UE a Estados Unidos a través de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), que intenta mostrar la agresión de Rusia sobre Ucrania y señalar la necesidad de sanciones a este país, comerciales, tecnológicas, financieras y militares. Esto ha generado un conflicto todavía presente e irresuelto entre Kiev y las regiones separatistas del Este, promueve el giro de Rusia hacia el Este, la alianza con China y la construcción de la región euroasiática.

La segunda alianza es hacia el Pacífico, la denominada Alianza Transpacífi-

co, interpretada como política de vinculación económica comercial de Estados Unidos en la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN) y, a la vez, como política de contención de China, es decir, asociada con apoyos económicos militares a aquellos países que más adversidad mantienen con China, con la cual Estados Unidos tiene una enemistad geopolítica, a pesar de su sociedad comercial. Esto elevó hace dos años la tensión militar en la región, pero en 2014 la política de China de colaborar en la política ambiental con Estados Unidos, de promover con el Banco de Asia el Banco BRICS como parte de una institucionalidad financiera alternativa al Banco Mundial, y las importantes inversiones que realiza para reconvertir la antigua Ruta de la Seda, hacen que se produzca una creciente influencia económica sobre una región en la que Estados Unidos empieza a tener un rol menor.

La tercera alianza es la del Pacífico, que se constituye en América Central y del Sur e intenta colocar a países que no tenían un proceso de integración previo, sino acuerdos tipo TLC (Chile, Perú, Colombia, México), dentro de una visión estratégica que reúne libre comercio, apertura económica, seguridad jurídica para las inversiones, menos Estado y lucha contra el narcotráfico. La Alianza del Pacífico tiene por objetivo recuperar el señoreaje que Estados Unidos históricamente ejerció sobre América Latina.

El intento de reconfiguración del poder de Estados Unidos sobre la región se produce cuando hay otro contexto mundial, distinto al de la revolución de las *commodities* de la primera década del siglo. Esto se relaciona con la desacele-

ración general en el crecimiento de los países emergentes, que habían sostenido el crecimiento mundial en los primeros años de la poscrisis.

De este modo, la lucha principal que enfrentaría el mundo en el actual escenario estará marcada por dos agendas diferentes. La primera es la transmitida por los *media* globales: resolver el terrorismo del Estado islámico que amenaza con esparcirse por todo el mundo y el narcotráfico incontrolable, para lo cual serían necesarias medidas de intervención directa de las fuerzas armadas; enfrentar la inseguridad y la corrupción; el libre mercado como forma unilateral para derrotar la inflación y el ahorro del Estado en favor de la economía privada. La otra agenda es la del desarrollo: reactivar y generar empleo mediante la cooperación y la negociación multilateral, establecer una nueva arquitectura financiera internacional, terminar con los paraísos fiscales y construir un sistema mundial que distribuya mejor las responsabilidades sobre el medio ambiente y que contribuya a un mundo más equilibrado. Se trataría de ajustar el sistema financiero global para que este no termine ajustando a los pueblos y las democracias del mundo. Sobre el narcotráfico hay otro enfoque centrado en los derechos humanos, donde se afirma que droga y delito no están automáticamente asociados. El núcleo del debate que se plantea está en la idea de reemplazar las medidas puramente represivas que dominaron la agenda internacional.

¿Cuáles son las agendas y sus geopolíticas que se contraponen en la actualidad en esta acentuada inestabilidad sistémica? Una de ellas, la de mostrar un mundo amenazado por el fundamentalismo islámico –haciendo referencia de

alguna forma a la lucha de civilizaciones de Huntington–; por el narcoterrorismo; por la agresión de países como Rusia, ejemplificada en Ucrania; por el populismo de América del Sur que amenaza la independencia de los poderes, la libertad de prensa y el libre mercado; y por los estados permeados por la corrupción de sus élites políticas.

La otra agenda, por el contrario, tiene que ver con el riesgo global de permanecer en un capitalismo recesivo y estancado, que reproduce desigualdades y asimetrías en todo el mundo y no reconoce la alteridad. Es necesario entonces generar acciones multilaterales en favor del gasto en infraestructura, de un activismo estatal a favor del empleo y la distribución del ingreso aun a costa de una inflación positiva, y conseguir la regulación del sistema capitalista financiero internacional. Se requiere un mundo con más multilateralidad en sus decisiones de gobernanza global, más negociación que sanción, y reformas en los organismos internacionales de crédito para facilitar las negociaciones de paz y promover procesos de descolonización que aún permanecen, amenazando las soberanías de los estados.

Por último, es difícil predecir si la primera agenda, la que corresponde al núcleo duro del Norte global que somete a sus propias periferias a la austeridad y la marginación, erosionando en sus sistemas democráticos el principio de igualdad, prevalecerá o no sobre la otra. Esta agenda hace a la dominancia del núcleo del capital financiero comunicacional, a los complejos militares industriales y a las agencias globales de supervigilancia y control global. Lo cierto es que la segunda agenda y su geopolítica cuentan con más volunta-

des y un relato utópico, pertenecen a los países emergentes y a los sectores progresistas de países centrales, como los partidos transformadores del sur de la UE que cuestionan el orden neoliberal, la austeridad y el ajuste. El núcleo duro de la multipolaridad está en el dinamismo de la acumulación en Asia, en la nueva modalidad de cooperación Sur-Sur y en los gobiernos democráticos de todo el mundo que intentan modificar un orden institucional mundial que reproduce asimetrías, y donde se observa que la situación de estancamiento y alta conflictividad no hacen al equilibrio mundial ni al bien común global sino al interés de unos pocos. Lo que sí puede decirse es que, aun con alta volatilidad de los escenarios mundiales, hay una profunda modificación de las placas tectónicas del poder global previo, y que la nueva marea del cambio progresivo parece que tenderá a avanzar más que a retroceder.

Conclusiones

Se trata de ligar las preguntas iniciales con los desarrollos realizados sobre cuáles son las cartas de navegación del futuro del país, qué significan estos nuevos modelos posneoliberales emergentes en América del Sur y sobre la multipolaridad que pugna por consolidarse.

En primer lugar, hay que afirmar que existe un nuevo mundo y nuevos actores, especialmente a partir de 2008, de la crisis financiera mundial desatada por la caída de Lehman Brothers y luego diseminada a la UE y con impacto en todo el mundo, y del crecimiento de los emergentes y su incidencia en la gobernanza global: la multipolaridad. Este es un cambio impensado hace más de una década. También surgen

modelos de acumulación democráticos posneoliberales en América del Sur, con más orientación y regulación del mercado por parte del Estado.

Por eso, cuando los países de la región se abren a nuevos mercados y se insertan en el nuevo mundo con nuevas alianzas, modifican la anterior geopolítica de alineamiento irrestricto y mediación por parte de los países industriales del Norte, y en particular por Estados Unidos. Hasta la caída de la URSS, para la región –simplificadamente–, el mundo se dividía en dos mitades: por un lado, el Este, denominado “mundo comunista”, y, por el otro lado, Occidente. Ese era “el mundo”, y no se está hablando de siglos atrás, sino de un par de décadas. Hoy el mundo ha cambiado a tal punto que han surgido potencias económicas y tecnológicas impensables en aquella etapa.

La Argentina y otros países de la región tienen ante sí un mundo que puede permitir el desarrollo que no pudo lograrse en el siglo XX. En gran medida porque las geopolíticas en las que nuestros países estaban insertos conspiraron contra ello. Esto puede también generar una nueva reprimarización, pero ya depende de los mismos países antes que de las imposiciones externas. Lo novedoso de la multipolaridad es que reconoce signos esperanzadores, porque hay actores nuevos y oportunidades y, lejos de ser una realidad negativa, permite tener socios y abandonar la subordinación. La cooperación Sur-Sur es la oportunidad de ir hacia un mundo con el poder menos concentrado, más diverso, distinto al intento homogeneizador del Norte global, pero, a la vez, difícil de coordinar y ser aceptado, en la medida en que apuesta a una realidad más pacífica y negociadora, mientras que el bloque

financiero que forma el núcleo de la alianza global del Norte se articula con la especulación financiera y el gasto del complejo militar industrial y, por tanto, con la necesidad de reproducir conflictos en diversas partes del mundo.

En segundo lugar, y en conexión con lo anterior, los obstáculos para el desarrollo y una visión más autónoma y progresiva de nuestras posibilidades no provienen solo de intereses externos, sino paradójicamente desde adentro. Los fondos buitres serían una cosa distinta si no contaran con el apalancamiento mediático interno y de candidatos de oposiciones que ofrecen pagar todo y reestructurar nuevamente la deuda. Tal vez el principal obstáculo para una orientación de bien común generalizada esté en los propios sectores concentrados económico-mediáticos y en una visión político-cultural que se resiste a cambiar y aceptar las transformaciones operadas en esta década.

En tercer lugar, se puede concluir que sectores políticos, financieros transnacionales y de inteligencia de los Estados Unidos han decidido jugar fuerte en el Atlántico Sur y en el mundo en estos dos últimos años. Podría decirse que en la geopolítica del Atlántico Sur vienen por todo: por los gobiernos de base popular, por los recursos naturales estratégicos (básicamente el petróleo) y su privatización eficiente, y por la modificación de la actual inserción global en la cooperación Sur-Sur, hacia la integración de libre comercio de Alaska hasta Tierra del Fuego. Para la región, esto implica un cambio de clima político y un nuevo enfoque de dominación que se va acentuando sobre algunos países. El “fin de ciclo” significa, ni más ni menos, que estos países deben volver a las situaciones “normales” y a las

alianzas internacionales clásicas de las que nunca debieron salir.

En cuarto lugar, el avance de los gobiernos de izquierda de la región muestra que la lucha por la transformación social ya no es un patrimonio exclusivo de los movimientos sociales –al estilo del Foro de Porto Alegre contra el neoliberalismo–, sin interlocutores en el Estado ni en la política de cambio. Sino, por el contrario, la crisis financiera global y el surgimiento de nuevas experiencias progresistas de los emergentes hacen de los estados los actores predominantes de la nueva agenda política de transformación a favor del trabajo y de los sectores empobrecidos y excluidos.

El nuevo modelo y paradigma es principalmente de carácter político y estatal, porque replantea las perspectivas de poder tanto económicas, políticas y sociales como de relaciones internacionales predominantes en los últimos cuarenta años. Particularmente cuestionado es el economicismo neoliberal que ponía como sujeto al mercado, lo privado, el individuo y la despolitización tecnicista, que veía las recetas copiadas y la voz de las élites financieras como el logos del bien común. Frente a esto, un Estado no en el sentido del *Welfare State* o del estatismo previos, sino de regulación del mercado mediante una articulación público-privada que no se desentiende de la problemática de la competitividad junto con la distribución del ingreso.

En quinto lugar, el desafío parece consistir en liberar a la política y a las democracias del callejón sin salida al que pretenden empujarlas los grupos de poder económico, los dueños de multimedios y parte del Poder Judicial, que tratan de erosionar a los gobiernos populares y democráticos. Se puede reconocer que Venezuela, Bra-

sil y la Argentina fueron líderes del No al ALCA, de la construcción de la Unasur y de la CELAC, partícipes del G77+China. Estos países muestran una inserción geopolítica de América Latina que tiende a promover un desarrollo productivo y un mundo más equilibrado. Y es probable que a ciertos intereses este rumbo no les resulte lo mejor y por eso intentan desestabilizar.

Para terminar, la multipolaridad quizás sea signo de la declinación y emergencia de una nueva etapa de la humanidad, en la que procesos de dominio coloniales, neocoloniales y de dependencia entran en declinación, donde los esquemas de poder de control militar, territoriales y de usurpación empiezan a tener menos vigencia o capacidad para legitimarse. En parte, porque estos esquemas comienzan a mostrar más contradicciones y conflictividades para aquellos países que los ejercen, pero básicamente porque los pueblos y sus gobiernos democráticos hacen valer la defensa de sus derechos y proyectos de desarrollo con mayores posibilidades. Porque parte de la agenda del mundo emergente es la posibilidad de in-

corporar ciencia y tecnología a la producción, aumentar su valor agregado y que no sean ya el territorio predominante de un grupo de naciones.

Quizá este proceso no sea producto de resistencias sin futuro alguno, condenadas de antemano a la derrota y frustración, sino cada vez más consistentes. Pero aquellos poderes en su declinación no se eliminarán por completo, subsistirán, tendrán que negociar con otras sociedades de otro modo. Si bien es complejo y difícil soportar las presiones, sanciones e intervenciones que pretenden retornar a la antigua gobernanza y la supremacía unipolar y a las élites tradicionales, la tarea de consolidar el nuevo paradigma sigue siendo parte de la política, sigue siendo posible y deseable. Probablemente, la multipolaridad, los nuevos modelos posneoliberales y la configuración de regiones sean signos de esta realidad que pugna por consolidarse, signos de cielos y tierras nuevos.

(Recibido el 12 de marzo de 2015.)

(Evaluado el 4 de mayo de 2015.)

Referencias bibliográficas

- Abalo, J. (2013), "Los horizontes de la reorganización del sistema capitalista mundial", *Revista Socialista*, N° 7, Buenos Aires, 15 de octubre.
- Amin, S. (2013), "China", *Monthly Review*, vol. 64, Nueva York.
- Beck, U. (2005), *Power in the global age: a new global political economy*, Cambridge, Polity Press.
- Castell, M. (2013), *Communication Power*, Nueva York, Oxford University Press.
- Cavarozzi, M. (2013), "Modelos de acción presidencial en el siglo XXI latinoamericano", *Reforma y Democracia*, revista del CLAD, N° 55, Caracas. Disponible en: <<http://old.clad.org/portal/publicaciones-del-clad/revista-clad-reforma-democracia/articulos/055-Febrero-2013/Cavarozzi.pdf>>.
- Cao, H. y A. Laguado (2015), "Una administración pública para las sociedades posneoliberales en América Latina", *Revista Estado y Políticas Públicas*, N° 4, Buenos Aires.
- Ellis, R. E. y U. Granados (2015), "La conquista china de Latinoamérica", *Foreign Affairs Latinoamérica*, vol. 15, N° 1, enero-marzo.
- Ferrer, A. (2004), *La densidad nacional*, Buenos Aires, Capital Intelectual.

- García Delgado, D. y C. Ruiz del Ferrier (2013), “El nuevo paradigma. Algunas reflexiones sobre el cambio epocal”, *Revista Estado y Políticas Públicas*, N° 1, Buenos Aires, pp. 64-81.
- y M. Peirano (comps.) (2011), *El modelo de desarrollo con inclusión social. La estrategia de mediano plazo*, Buenos Aires, CICCUS / Flacso.
- Gargarella, R. (2011), *La Constitución en 2020*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Kuhn, T. S. (1962), *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Laclau, E. (2005), *La razón populista*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Milani, C. (2011), “Les pays émergents dans l’actuel ordre mondial: Changements et légitimité politique”, *La Revue Internationale et Stratégique*, N° 81, París.
- Mouffe, C. (2013), *Agonistics: thinking the world politically*, Londres, Verso.
- Negri, T. y M. Hardt (2000), *Imperio*, Cambridge, Harvard University Press.
- Pelfini, A. (2014), intervención en la conferencia “Auge y caída de las potencias internacionales: una evaluación de los BRICS”, Buenos Aires, Flacso.
- Piketty, Th. (2014), *El capital en el siglo XXI*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- Sader, E. (2015), “La ultraizquierda fracasó”, *Página/12*, Buenos Aires, 12 de enero.
- Smith, K. (2014), “The BRICS Alternative: Implications for Africa and the Global South”, conferencia “Auge y caída de las potencias internacionales: una evaluación de los BRICS”, Buenos Aires, Flacso.
- Zaiat, A. (2015), “El riesgo Brasil”, *Página/12*, 21 de febrero.
- Zovatto, D. (2015), “¿Hacia un cambio de ciclo en la región?”, *Clarín*, Buenos Aires, 9 de marzo, p. 19.
-

Autor

Daniel García Delgado es doctor en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires e investigador independiente del Conicet. Se desempeña además como director del área Estado y Políticas Públicas de Flacso Argentina.

Publicaciones recientes:

- (2013), “El nuevo paradigma. Algunas reflexiones sobre el cambio epocal”, *Estado y Políticas Públicas*, N° 1, Buenos Aires, Flacso.
- (2013), “La década ganada. Provisión de bienes y servicios públicos en los gobiernos progresistas del Cono Sur, 2002-2013”, *Nueva Sociedad*, Buenos Aires, noviembre.
- y M. Peirano (comps.) (2011), *El modelo de desarrollo con inclusión social. La estrategia de mediano plazo*, Buenos Aires, CICCUS.
-

Cómo citar este artículo

García Delgado, D., “El modelo de desarrollo con inclusión y su inserción en la multipolaridad. Agendas y geopolíticas en conflicto”, *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, año 7, N° 28, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, primavera de 2015, pp. 159-177, edición digital, <<http://www.unq.edu.ar/catalogo/-revista-de-ciencias-sociales-n-28.php>>.

